

## ESTUDIOS SOBRE EL ARTE RUPESTRE DE LA PROVINCIA DEL NEUQUEN

POR JORGE FERNANDEZ (1)

El *corpus* de arqueología neuquina actualmente existente no se ha generado en una investigación científica detallada del territorio, sino que ha resultado del reflejo indirecto de estudios practicados en áreas geográficamente próximas, como Cuyo y Patagonia, o aún Chile. De allí que durante mucho tiempo se supusiera que únicamente una tradición de fuerte raigambre araucana, originaria de Chile, habría podido tener cabida y amplio desarrollo en él. Sólo durante las últimas décadas —y bien trabajosamente, por cierto—, se ha ido abriendo paso la idea de que con anterioridad a la invasión física y cultural mapuche, existieron en el territorio neuquino otras agrupaciones aborígenes poseedoras de características culturales diferenciadas, totalmente distintas a las del grupo ándido (mapuche). Para ello, esa nueva corriente de opinión ha debido recurrir a la información proporcionada por los cronistas de la Conquista y de la Colonia, faltando, lamentablemente, excavaciones y otros menesteres arqueológicos que la confirmara. A lo sumo, se ha recurrido al estudio de caóticas colecciones de Museo —indudablemente útiles, claro está—, aunque necesariamente fragmentarias y carentes del valor documental requerido. Mientras tanto, cada investigador del área pampeana, patagónica o cuyana, ha ido arreando y acorralando —por así decirlo— en territorio neuquino, una cantidad asombrosa de etnias protohistóricas sobrantes, sin cabida posible en sus respectivas áreas, pero que, a fuer de citadas por cronistas, conquistadores o misioneros, era menester ubicar en alguna parte. Y para esto último, para esta forzada friccionante acomodación espacial de los pueblos del pasado, nada mejor que el Neuquén, occidente de La Pampa y sur de Mendoza, verdaderas zonas en blanco y tierra de nadie en el campo de la Arqueología. En una etapa posterior, sobrevino en aquellas áreas —sobre todo en la patagónica— un florecimiento de las investigaciones obtenido a través de una visión temporal de las culturas, en las que se verificó un proceso de ordenamiento vertical. Tales adelantos —para bien, para mal—, fueron también extendidos al Neuquén y áreas colindantes. Ya no se trató solamente, pues, de dar asilo territorial a puelches, huiliches,

(1) Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina).

pehuenches, oscollames, leuvuches, chiquillames, poyas, gennaken, pichi-puelches y araucanos, sino que también fué preciso dar cabida a cazadores superiores, a recolectores, a culturas tehuelchenses y prototehuelchenses, etc, etc. Así planteadas las cosas, no exageraremos si afirmamos que a cada lícito logro o adelanto positivo verificado en la reconstrucción del pasado étnico del solar pampeano, patagónico, etc, ha correspondido una incrementación proporcional del ya cada vez más confuso panorama existente en el Neuquén. Por supuesto que esta no es una acre crítica a lo que en esos ámbitos se hizo, tampoco a lo que no se hizo en el propio Neuquén. Aquellos avances, lo reiteramos, fueron lícitamente logrados y por tanto son irreprochables: lo que no elimina la posibilidad, y en algunos casos la certeza, de que al Neuquén y áreas colindantes —excluido Chile—les haya sido acordada una posición y una jerarquía exageradamente marginal en todo el proceso del poblamiento inicial y movilización étnica posterior. La futura investigación de campo ha de decir en último término dónde ha estado en realidad el centro y dónde los aspectos periféricos.

Lo malo es que pretendemos trabajar con aquellas nominaciones étnicas como si fueran verdades contrastadas, realidades establecidas e indiscutibles, y no fantasmas surgidos de viejos manuscritos: en esto radica el estado verdaderamente retrasado en que se encuentra actualmente la arqueología del Neuquén y de las áreas limítrofes de La Pampa y Cuyo poco antes mencionadas. A esto, agréguese la circunstancia de que algunas de las regiones claves son poco menos que inaccesibles; verdaderos desiertos, en algunos casos, donde ni siquiera es posible hallar agua para beber, o en las que es preciso ir regulando las detenciones para que las cabalgaduras, durante el descanso, cuenten con una magra ración de pasturaje. En otras, donde el agua se prodiga en exceso, es preciso cabalgar jornadas enteras por terrenos ásperos viajando —como dicen los paisanos— nada más que con lo puesto. Fácilmente puede apreciarse que un panorama tal es poco alentador para el investigador científico —aún para el mejor dotado—, que pretenda abocarse al estudio de estos aspectos del pasado cultural neuquino.

Pero todas estas circunstancias, si bien de difícil soslayamiento, resultarían enfrentables de no mediar aún factores que obran todavía más negativamente, y que son los que toman como centro el escaso interés que esta clase de estudios despierta entre quienes deberían sentirse obligados a fomentarlos. Generalmente se aduce falta de recursos y de medios económicos, o bien se anteponen defensivas consideraciones que se nuclean en torno a la escasa aplicación práctica que de los resultados de tales trabajos podrían obtenerse. Mientras tanto, vemos a las mismas autoridades empeñadas en canalizar por conductos supuestamente diferentes y apropiados, medidas tendientes a corregir el deterioro evidente hasta el hartazgo en ciertas economías regionales —como la del norte del Neuquén, por ejemplo—, o los vicios de organización social tantas veces manifestados en esos sectores. Muchas de tales iniciativas están condenadas al fracaso —concre-

tamente, algunas de ellas han fracasado ya—, a pesar de los discretos recursos financieros puestos en movimiento para su ejecución. Ello, en buena medida, se ha debido al total desconocimiento del origen de algunas de las causas condicionantes del atraso o adelanto de las sociedades y de las economías, muchas de las cuales —como la mortalidad infantil, el alcoholismo, la inestabilidad ocupacional, las migraciones internas, el nomadismo, el deterioro económico crónico, etc.—, hunden sus raíces en la Prehistoria.

Pero volvamos al centro de nuestras preocupaciones, que es el desenvolvimiento histórico de los grupos indígenas que en sucesivos momentos poblaron el Neuquén actual. De lo acontecido en el área entre los siglos XVI y XIX, existe solamente un panorama incompletísimo, sobre cuyo esquema puede decirse que no se ha comenzado a trabajar aún; pero en relación a lo allí ocurrido con anterioridad al siglo XVI, solamente podemos sumirnos en vagas conjeturas, de manera especial por falta de excavaciones arqueológicas. Todavía son objeto de discusión aspectos tan elementales como fundamentales, tales como si los núcleos de población premapuche (prearaucana) del Neuquén, eran de filiación cultural y racial pampida (tehuelche) o ándida (mapuche), existiendo además otras proposiciones que los harían integrar el grupo huárpido (huarpe). Obviamente, será imposible acceder a logros positivos mientras la investigación sea desarrollada sobre una trama exclusivamente etnohistórica o etnográfica y permanezca en retroceso la pertinente fundamentación arqueológica. Mientras tanto, ante la imposibilidad actual de efectuar excavaciones arqueológicas intensivas, los estudios sobre el arte rupestre local han demostrado ser una buena vía para la aproximación a la reconstrucción de un pasado étnico tan controvertido.

Entre los restos arqueológicos más llamativos que es dado al arqueólogo estudiar en el norte y centro de la provincia del Neuquén, figura en primer lugar el arte rupestre, es decir, los grandes conjuntos de grabados y pinturas que el aborígen ha dejado como testimonio de su paso por la región. Estos grabados y pinturas poseen un rango reconstructivo dentro de la metodología arqueológica que es de tanta relevancia y significación como la de la cerámica o la tecnología lítica. Por tanto, pueden servir magníficamente para la reconstrucción cultural en que estamos empeñados. Conviene tener presente, sin embargo, la enorme diferencia existente entre el arte rupestre y los demás restos arqueológicos a que estamos habituados, principalmente la cerámica y los útiles de piedra. Estos últimos constituyen *percepta*, es decir, percepciones que nos permiten reconstruir un patrón o modelo común para todo un grupo cultural. Con el arte rupestre, en cambio, solamente es posible integrar *concepta*, cosas inmaterializables, signos cuya simbología escapa a nuestra comprensión actual. Esta característica o tendencia a lo inmaterial no alcanza a invalidar la capacidad documentativa del arte rupestre. Por el contrario, un signo, o la forma en que un conjunto de signos se asocia para estructurar un estilo, o una modalidad dentro de un estilo, constituyen elementos valiosísimos para la recons-

trucción de los derroteros culturales. En el desarrollo de tales derroteros, el hombre contamina su cultura material mediante las adquisiciones de nuevos elementos con los que la enriquece paulatinamente; en cambio, parece menos propenso a modificar sin causas su ideario espiritual —del que el llamado arte rupestre forma parte—, por lo que a veces es posible hallar reflejos de una cultura espiritual determinada a miles de kilómetros de su posible centro de dispersión originario.

Sobre estos testimonios del pasado se ha escrito mucho —tal vez en demasía—, pese a lo cual la impresión actualmente dominante es que apenas si se ha iniciado su conocimiento. Aunque sin duda estas manifestaciones constituyen un mensaje del pasado, y encierran por ello una significación, el entendimiento de ésta escapa a nuestras posibilidades actuales, no siendo tampoco ésa la finalidad perseguida en su estudio. Mucho más importante sería saber quiénes las han hecho, y en qué preciso momento histórico, lo que por ahora nos está también vedado. Por el momento sólo nos es posible tratar de adquirir un mejor conocimiento de ellos mediante la aplicación de los primeros estadios de la metodología científica, es decir, efectuar su registro cuidadoso y metódico, ordenarlos y clasificarlos, para finalmente proceder a su comparación con los estilos presentes en otros centros de arte parietal —algunos muy distantes del Neuquén—, pues por muy original que en algunos casos se nos presente, el arte rupestre neuquino ha seguido la misma evolución y obedecido a los mismos principios normativos que el de otras partes del mundo. Veremos también que a pesar de constituir conjuntos de signos aparentemente caprichosos, casi anárquicos en sus presentaciones y asociaciones, es posible efectuar su ordenación y tratamiento estadístico en orden a lograr —si no un conocimiento profundo y definitivo—, al menos la verificación de un proceso de salvamento y resguardo, a fin de conservar un registro de ellos para los estudiosos del futuro, cuando ya tal vez estas manifestaciones culturales hayan desaparecido por acción del tiempo. La riqueza arqueológica que la Provincia del Neuquén tiene en los sitios de arte prehistórico de su extremo norte, es extraordinaria y posiblemente única; sin embargo, los sitios con grabados y pinturas se hallan expuestos a las contingencias destructivas del hombre y de la naturaleza: ignoramos cuántas generaciones más aún podrán disfrutar de la contemplación de estas incomparables muestras de arte aborígen prehistórico. Esta es una seria llamada de atención a las autoridades encargadas de velar por la conservación de los patrimonios culturales del Neuquén emplazados en su sector norte, zona ésta que justamente está destinada a ser un futuro centro de atracción turística, y que tiene en los grandes campos de petroglifos del Departamento Minas y circunvecinos, uno de sus mejores motivos de captación.

Diversos meritorios autores se han ocupado con anterioridad del arte rupestre de la Provincia del Neuquén, gracias a cuyas preocupaciones es posible tener ahora un panorama, aunque incompleto, de su problemática. Si bien sus estudios se refieren a otras zonas, deberemos citar aquí a A. Ar-

tayeta, C. Bruch A. Pedersen y M. Vignati, y ya dentro de la zona norte, a G. Alvarez, O. Robledo, R. Ledesma, A. Gorgni, F. de Aparicio y O. Menghin, aunque es a J. Schobinger a quien debemos el esfuerzo más temprano y acucioso, a la vez que la obra más enjudiosa sobre el tema. Igualmente a H. Niemeyer y L. Weisner, arqueólogos de Chile, debemos la posibilidad de efectuar comparaciones con el arte rupestre existente en áreas fronterizas de aquél país con el nuestro; y, en rigor, habría que citar también a otros estudiosos extranjeros, especialmente brasileños, como P. Mentz Ribeiro, J. Brochado e I. Schmitz, que al intensificar estudios sobre aspectos del arte rupestre en sus respectivas áreas de trabajo, han posibilitado algunos adelantos en la nuestra.

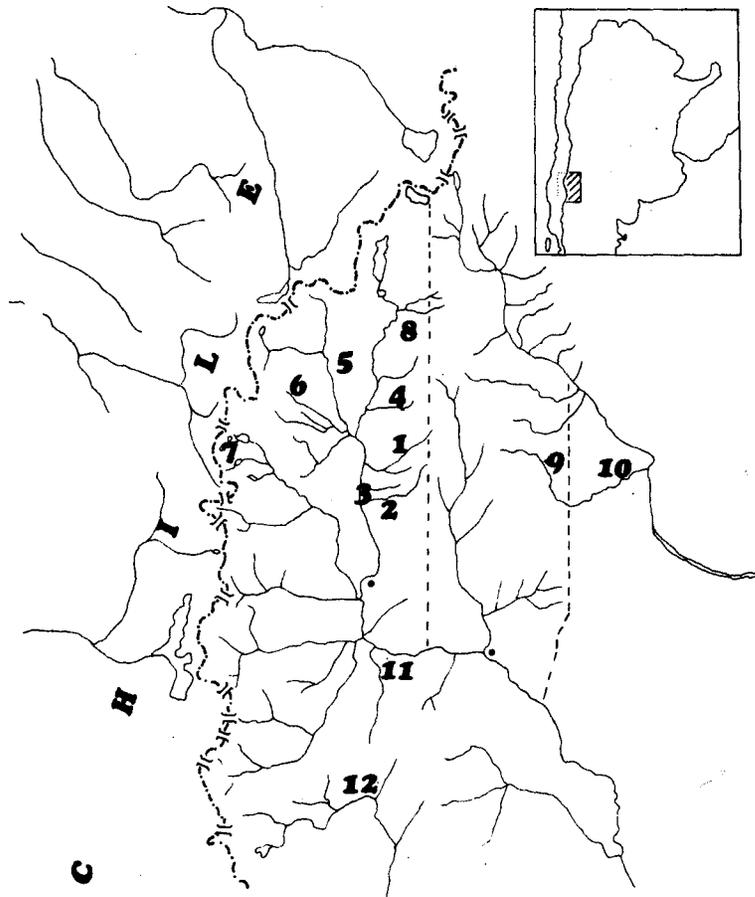


Figura 1: Mapa con la ubicación de los sitios con arte rupestre del norte del Neuquén.

## HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Los estudios sobre el arte rupestre patagónico en general, tuvieron gran impulso desde 1950, fundamentalmente por los diversos aportes de Menghin y Schobinger, los de este último especialmente dedicados al Neuquén. Pero, mientras que los trabajos en el sector estrictamente patagónico siguieron un desarrollo ininterrumpido y vigoroso hasta la actualidad, los del Neuquén se han visto reducidos nada más que a sus prometedores inicios.

En 1957, Menghin estableció siete estilos diferentes en el arte rupestre de la Patagonia; de todos ellos, en esta oportunidad nos interesan solamente los que denominara estilos de pisadas y de paralelas. Ambos se configuran principalmente por grabados, raramente por pinturas. Al primero lo ha definido como poseedor de un repertorio muy variado, aunque con predominancia de pisadas de animales: de felinos en general, de avestruz y de guanaco, asociados a algunas líneas onduladas que podrían ser interpretadas como "huellas" de culebra. Además, improntas de pies humanos y, algo menos frecuentemente, de Manos. A los zoomorfos y antropomorfos citados —decía Menghin—, se incorporan en algunos yacimientos de este estilo, símbolos geométricos esquemáticos: líneas, cruces, círculos simples, círculos concéntricos, aislados o ligados por líneas; rectángulos y escaleras. De este conjunto, se destacan particularmente unos signos en forma de herradura, y otros con forma de letra U, a veces ladeada o invertida, ambos inicialmente considerados como pisadas de caballo, de los que habremos de ocuparnos luego, más detalladamente. La difusión del estilo de pisadas parece ser vasta; ya Menghin, en 1957, observaba que muchos de sus motivos aislados se difundían desde el extremo sur de la Patagonia hasta la región andina, vale decir, a lo largo de más de 20 grados de latitud. (Las figuras 7, 8 (centro y derecha) y 9 de este trabajo constituyen ejemplos característicos del estilo de pisadas.)

El estilo de paralelas, tal como fuera caracterizado por Menghin en 1957, muestra un predominio de líneas quebradas y onduladas marcadamente paralelas. Según el mismo estudioso, tendría escasas relaciones con el estilo de pisadas, siendo algo mayor su emparentamiento con el de grecas, con el que sería aproximadamente contemporáneo. Su desarrollo territorial es mucho más restringido: concretamente, por la época en que Menghin efectuó las adscripciones estilísticas que comentamos, era conocida una sola estación característica del estilo, poco antes visitada y estudiada por Schobinger: se halla ubicada en la cordillera del Viento, extremo norte de la Provincia del Neuquén, y su nombre es Colomichicó (1 en el mapa). Desde el comienzo, se ha presentado a los estudiosos como una circunstancia totalmente discrepante el hecho de que un arte vigoroso como el de Colomichicó, tuviera una difusión tan restringida; si bien Schobinger, entrevió tempranamente la posibilidad de que el mismo se difundiera no solamente al resto del norte del Neuquén —virtualmente, una re-

gión inexplorada—, sino también al vecino Chile.

Esta última posibilidad vino a comprobarse definitivamente casi veinte años después, con los trabajos de Neimeyer y Weisner (1972–1973), quienes en la zona cordillerana de Linares —límitrofe con la Argentina del extremo norte del Neuquén—, pudieron localizar 14 estaciones con petroglifos estilísticamente comparables con los de Colomichicó en la Argentina. Conclusivamente, los investigadores chilenos recién nombrados opinan que el arte rupestre difundido en Linares, que ellos diferencian con la nominación de estilo de Guaiquivilo, constituye una mezcla profusa de los estilos que Menghin denominara de pisadas, de paralelas y de grecas, no siendo, por lo tanto, identificable en términos absolutos con el de paralelas, acerca del que tan poco se sabía en ese momento.

Estas conclusiones de los estudiosos chilenos colocaban al estilo de paralelas de Menghin en una posición sumamente crítica. Afortunadamente, la acción entusiasta de algunos estudiosos locales, a la cabeza de los cuales se encontraba el Dr. A. Gorgni, posibilitaron que hacia comienzos de 1975 se tuviera noticia de la existencia de por lo menos tres nuevos sitios con petroglifos en el Departamento Minas; entre ellos, el de El Chacay, cerca de Varvarco, que si no igualaba por lo menos se aproximaba en extensión al de Colomichicó. La mentablemente, se ignoraba a qué orden estilístico pertenecían los nuevos sitios descubiertos; es decir, si pertenecían al ya dudoso estilo de paralelas, o si se asemejaban al estilo de Guaiquivilo Chileno.



Figura 2: Un aspecto del norte neuquino. Primera fotografía éditada del lago Varvarco Tapia. Al fondo, el monte Domuyo (4709m).

Desde comienzos de 1975, hemos efectuado tres campañas de reconocimientos arqueológicos por el norte y centro neuquino. En la primera (1975), en compañía del Dr. Schobinger, no se llegaron a concretar mayores novedades relacionadas con el arte rupestre. En las dos siguientes (1976 y 1977), por el contrario, no solamente se han registrado y relevado los sitios ubicados por el Dr. Gorgni y otros, sino que ha sido posible ubicar nuevos sitios con arte rupestre hasta entonces desconocidos, alcanzando al presente un total de 20 sitios relevados y estudiados. En el presente trabajo, solamente habremos de hacer referencia a 14 de éstos; pero desde ya anticipamos que una investigación metódica podría con facilidad elevar a 50 el total de sitios con arte rupestre en este sector del Neuquén.

### **EL ESTILO DE PARALELAS Y SU DIFUSION**

En el ya aludido mapa de la figura 1, hemos ubicado la posición geográfica de la totalidad de los sitios con arte rupestre del norte y centro neuquino de que habremos de ocuparnos en el transcurso de este trabajo, junto a la correspondiente a las estaciones con grabados de la provincia chilena de Linares a los efectos de las comparaciones pertinentes. Comenzamos con el gran centro de arte rupestre de Colomichicó, que como se dijo fué el primero —y durante muchos años, el único—, de los conocidos en la región norneuquina. En el Departamento Minas han sido registrados los siguientes: 1) Colomichicó; 2) Cañada de las Minas; 3) Butalón Norte; 4) Las Chaquiras; 5) Casa de Piedra; 6) Puerta del Cajón de Flores; 7) El Chacay; 8) Puesto Marchan; 9) Rincón de las Papas.

En un trabajo anterior (Fernández, 1976), ya hemos efectuado detalladas referencias de cada uno de los sitios del Departamento Minas que hemos enumerado, así como su encuadramiento geográfico y ecológico. Ello no nos interesa tanto en la presente oportunidad, ya que sólo buscamos ahora la definición lo más clara posible de un centro de difusión para un determinado estilo de arte rupestre, el de paralelas. Por este motivo, efectuaremos referencias sobre dichos aspectos sólo en una forma más generalizada.

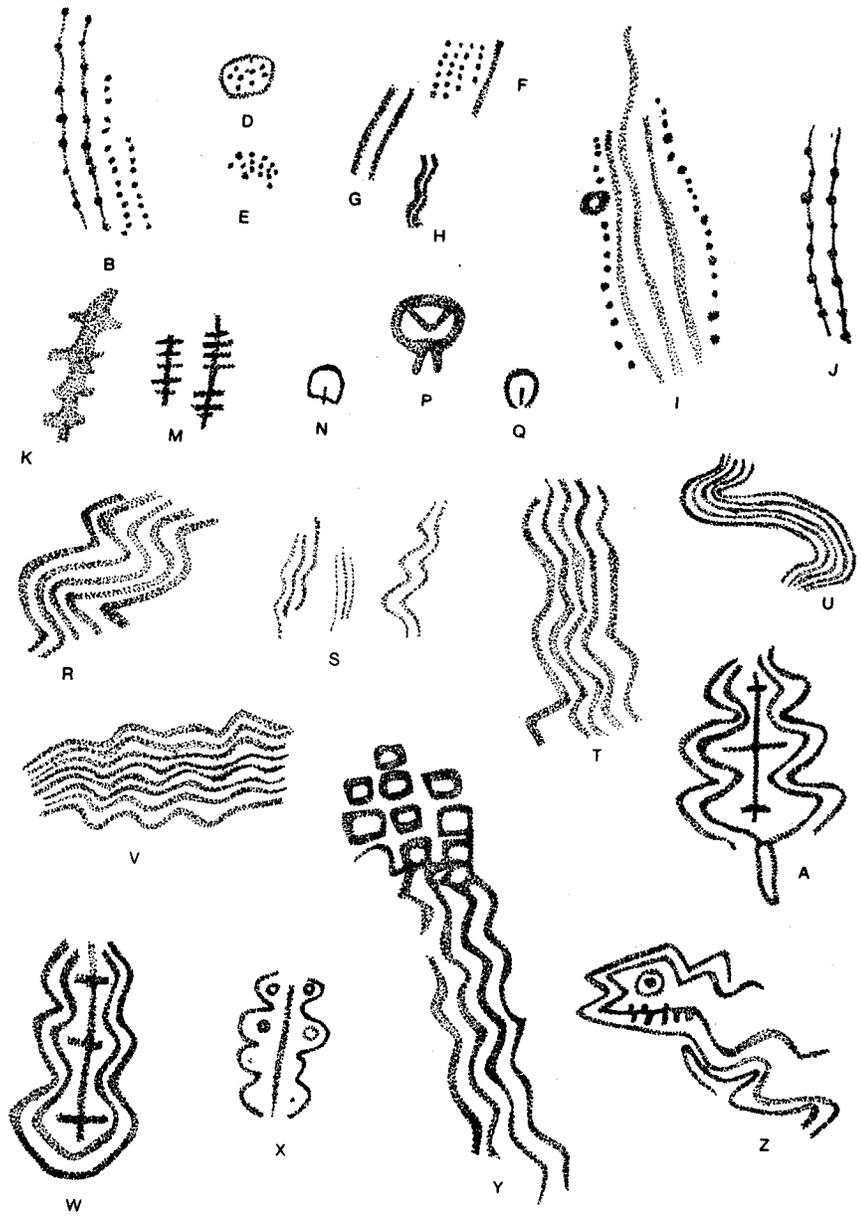


Figura 3: Motivos aislados, característicos del estilo de paralelas del norte del Neuquén.

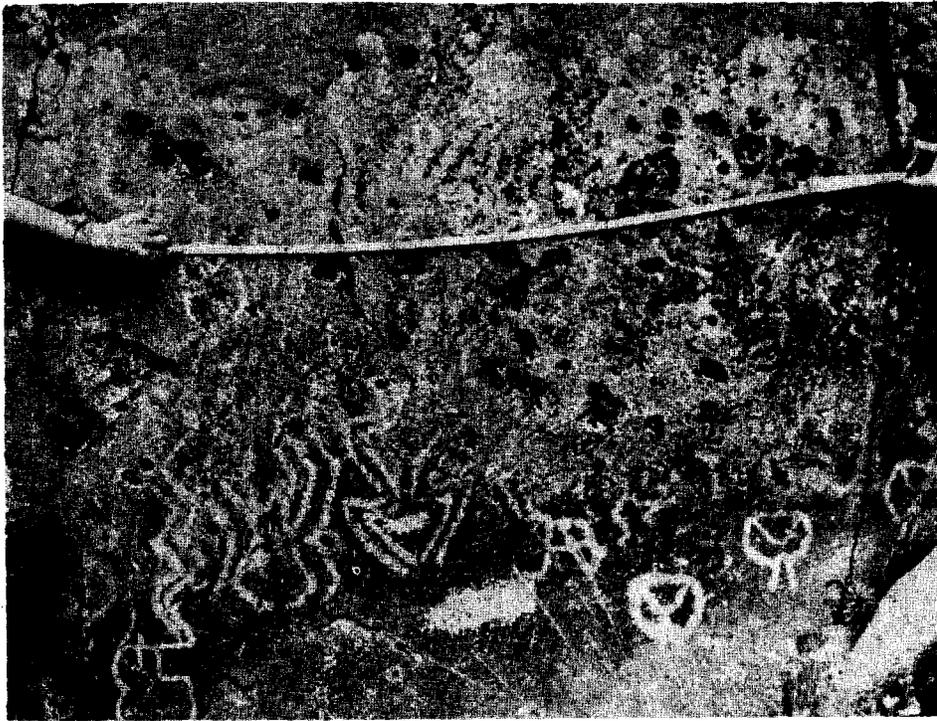


Figura 5: Roca con grabados de Rincón de las Papas (Estancia Izaguirre), cerca de Ailínco. La más septentrional de las hasta ahora descubiertas.

La figura 3 constituye una especie de muestrario de las características del estilo de paralelas, o sea de sus motivos dominantes o más difundidos, a igual que las fotografías de las figuras 4 y 5, tal como corresponde sea interpretado en la actualidad; es decir, que además de las asociaciones de paralelas, deben agregarse los motivos puntiformes alineados, los círculos concéntricos, puntos circunscriptos en círculos; escaleras, peines, etc. Predominan los motivos abstractos o geométricos (90, 90/o), en comparación con los representativos (estilizados biomorfos: rostro humano), y los geométricos formatizados (pisadas, fitomorfos, etc), que en conjunto sólo llegan a 9, 10/o del total de motivos registrados (Fernández, 1976). Los motivos predominantes son las lineaturas paralelas (300/o), las que pueden ser horizontales (fig. 3t), verticales (fig. 3r), o inclinadas (fig. 3, n); los puntiformes y segmentiformes alineados paralelamente (fig. 3, d, g, h, i), con un 19,150/o; los círculos, con 12,750/o; las figuras complicadas con eje de simetría axial y contorno ondulante (fig. 3, v, w, y, u), con el 8,520/o, que se aproximan ya a ciertas formas representativas. Los rastros o pisadas de animales sólo se presentan con el 0,920/o, y la impronta del pie humano con 0,600/o; estos pueden, por lo tanto, ser considerados como elementos de contaminación, francamente intrusivos.



Figura 4: Rocas con grabados de El Chacay, en la cordillera del Viento, cerca de Varvarco.

Todas estas representaciones han sido efectuadas sobre rocas con pátina de alteración, especialmente basálticas, mediante la técnica del picado, por percusión. Se trata en todos los casos de lineaturas, es decir, no existen figuras de cuerpo lleno. La anchura de las líneas es bastante uniforme, siendo de 1 cm la mínima, y de 2 cm la máxima; su profundidad oscila entre 1 y 3 mm. En la mayoría de los casos, su apariencia es bastante fresca o reciente, pero este factor no puede ser tomado como indicador de la antigüedad de estas labores. Los dibujos se disponen en grandes agrupaciones de rocas aisladas, en paredones rocosos, en grandes afloramientos rocosos de superficie lisa, y excepcionalmente en oquedades. Todos estos sitios —salvo el de Butalón Norte— se encuentran uniformemente emplazados a casi 2000 m sobre el nivel del mar, y por lo tanto quedan durante el invierno bajo espesas coberturas de nieve. Corresponde este arte rupestre, por lo tanto, a una agrupación humana que llega allí a veranar, entendiéndose que entre abril y noviembre debía forzosamente ausentarse a otra región. En la actualidad, la permanencia humana ininterrumpida, con puestos de invernada, sólo se verifica por debajo de 1200 m de altura sobre el mar, es decir, en una angosta faja de territorio que corresponde al valle del río Neuquén y sus tributarios principales (Varvarco, Nahueve, etc.).

Procedamos ahora a una comparación entre nuestro estilo de paralelas y el estudiado en Chile por Neimeyer y Weisner, y que ha recibido de ellos el nombre de estilo de Guaiquivilo. Es indiscutible que la casi totalidad de signos existentes en la región de Guaiquivilo, se halla también en el Departamento Minas, donde florece el de paralelas; el aire de familia que emparenta a ambos estilos está fuera de dudas. Pero, como contrapartida, existen signos muy difundidos en Guaiquivilo, que no existen en el arte rupestre del Departamento Minas del Neuquén. La impresión global es que, sobre un antiguo estilo de paralelas, en determinado momento de su desarrollo, y en forma gradual, hubieran comenzado a asociarse elementos del estilo de pisadas. Al proceder a un análisis más pormenorizado surgen diferencias verdaderamente notables. Desde un punto de vista estadístico, son diferentes. Analicemos algunas de esas discrepancias:

Motivo	Guaiquivilo	Dto. Minas
Impronta del pie humano	32,63%	0,60%
Rastros de animales	9,05%	0,92%
Improntas de manos	1,07%	0,00
Figuras laberínticas	0,91%	0,00

Las similitudes continúan en ambos estilos en lo que se refiere a los ambientes elegidos para la ejecución de los grabados. También en Chile esos lugares se encuentran a elevada altura, es decir, son exclusivamente sitios de veranada. La técnica continúa siendo la del picado de la superficie de roca alterada, pero la sola existencia de dibujos de cuerpo lleno —especialmente los pies y manos humanos—, sugiere a nuestro modo de

ver la presencia de una técnica de grabado diferente, fundamentada en el raspado de la superficie rocosa.

Como conclusión, pensamos que el verdadero estilo de paralelas, no contaminado con otras influencias —o mínimamente influenciado por ellas—, queda limitado en su extensión territorial a la región comprendida entre la cordillera de los Andes por el oeste, y la conjunción de las serranías del Domuyo y Cochicó por el norte y la cordillera del Viento por el este, región que es surcada longitudinalmente por el río Neuquén superior y sus tributarios. Políticamente, este territorio comprende la totalidad del Departamento Minas; en total, 6416 km<sup>2</sup> de superficie encerrados totalmente por montañas y ríos invadables, con dos crecientes anuales. En nuestro trabajo aún inédito de 1970 ya anticipamos la posibilidad de que la incontaminación observable en los petroglifos del Departamento Minas muy bien puede ser debida al aislamiento extremo imperante en la zona, rodeada por montañas nevadas y ríos infranqueables. Los efectos del aislamiento se notan perfectamente sobre la fauna y la flora locales; continúan sus efectos en nuestros días, siendo apreciables sobre el idioma y aún sobre las características étnicas de su población actual.

Lo afirmado, pues, por Niemeyer y Weisner (1972—1973, pág. 405—459), en el sentido de que el “*estilo de Guaiquivilo difunde hacia el sur hasta Colomichicó, en la provincia del Neuquén, en la Argentina*”, es insostenible. Debe hacerse referencia, por lo tanto, a un estilo de Guaiquivilo y a un estilo Colomichicó, dejando de lado toda referencia al “estilo de paralelas”, como no sea en un empleo muy generalizado, sin implicancias regionales.

## EL ESTILO DE PISADAS

En una segunda etapa de nuestras investigaciones, hemos procurado seguir el comportamiento del estilo Colomichicó fuera de la cuenca orohidrográfica del Neuquén superior, habiendo podido constatar que virtualmente no existe fuera de ella. El “estilo de paralelas” parecería —por lo menos hasta ahora— tener un área de dispersión limitada a aquella zona encerrada entre montañas elevadas y cursos de agua infranqueables, comprendida entre la cordillera del Viento y la cordillera de los Andes (Dto. Minas). Conocemos solamente tres excepciones en que hemos podido registrar débiles manifestaciones del “estilo de paralelas” fuera de la zona señalada. Dichas excepciones, son:

(10) *Paso de las Tropas*, Departamento Chos Malal. Latitud y longitud aproximadas, intersección del paralelo 37° sur y meridiano 70° oeste. Se halla entre los volcanes Huayle y Tromen, cabeceras del arroyo de Butaco, tributario del río Colorado. Altura sobre el mar: 1800 m. Se trata de un afloramiento grande de rocas basálticas; en una leve concavidad del frente

rocoso, con orientación al este, se encuentra una inscripción de aproximadamente 0,40 m<sup>2</sup> de superficie (Figura 6). Los trazos, aparentemente aplicados mediante pincel, son bastante finos (1 cm). El color empleado ha sido el rojo. Dibujos similares han sido observados en el sur de Mendoza.



Figura 6: Piedra pintada de Paso de las Tropas, con representación de grecas en las que aún participan motivos del estilo de paralelas.

(11) *Cerro Auenul*, Departamento Pehuenches. Latitud: 35° 58' sur, longitud 69° 47' oeste. Altitud, 1130 m sobre el mar. Se trata de una gran caverna, cuyas paredes han sido decoradas por los indígenas con motivos pintados; estos últimos son esencialmente geométricos, y en primer análisis parecerían corresponder en parte al "estilo de paralelas". Como en el caso anterior, el color de la pintura es rojo. La cueva se halla orientada hacia el nor-este, frente al río Colorado.

Las dos excepciones apuntadas mantienen aún cierto grado de vinculación estilística con los petroglifos del estilo Colomichicó. Ciertamente, la identidad no es total, y justamente la escasez de representaciones es lo que va en contra de comparaciones más fundamentadas. Pero sí es posible apreciar dos cambios fundamentales en estas representaciones, al compararlas con el estilo Colomichicó: el primer cambio es de tipo tecnológico. Se abandona la técnica del grabado de la piedra, que es reemplazado por la pintura. Además, se dejan de utilizar —y justamente por ese motivo—, los grandes bloques al aire libre o las piedras sueltas, y en cambio se usan los abrigos rocosos y las cuevas. Pasemos al tercer sitio:

(12) *Cueva del Llano Blanco*. Se trata de una gran oquedad situada al sur del curso E-0 del río Neuquén, es decir, fuera ya de la gran cuenca del curso superior de ese río. Se halla sobre el camino que va desde Chos Malal a El Cholar, en el Departamento Ñorquín. Su posición astronómica aproximada es: latitud, 37° 25' sur; longitud, 70° 35' oeste. La altura sobre el mar, es de 1200 m. Se trata de una enorme oquedad natural cuya pared orientada al norte se halla en buena parte de su extensión decorada con grabados (figuras 7, 8, 9), que en parte corresponden al estilo de Colomichicó muy puro (extremo izquierdo de la figura 8), y en partes al estilo de pisadas. Los grabados ofrecen, además, cambios tecnológicos muy significativos, pues mientras que en algunos es visible su ejecución por medio del picado (los del estilo Colomichicó), los del estilo de pisadas se caracterizan por la técnica de raspado empleada en su elaboración. Un sector del friso ostenta elementos típicos del estilo de Colomichicó; pero en el resto, están presentes las pisadas del avestruz, del felino, hoyuelos identificables con rastros o pistas de animales desconocidos, improntas de pies humanos, herraduras típicas y figuras en U con trazo vertical central es decir, los motivos más conspicuos y representativos del estilo de pisadas.

Los grabados de la cueva del Llano Blanco, por las características enumeradas, de inmediato autorizan a una comparación tecnológica, formal y estilística con otros centros de arte rupestre próximos. Por ejemplo, con



Figura 7: Improntas de pisadas y signos en U.  
Cueva de Llano Blanco. Ñorquín.



Figura 8: Cueva del Llano Blanco. Grabados del sector izquierdo.

(13) *Piedra de Los Rastros*, también ubicada en el Departamento Ñorquín, a unos 60 km al sur de la cueva de Llano Blanco. Se trata de un bloque andesítico aislado, cerca de la costa del río Agrío superior. Su posición astronómica aproximada es de  $37^{\circ} 45'$  de latitud sur y  $70^{\circ} 40'$  de longitud oeste. La altura sobre el mar es de 1050 m. La roca es conocida desde muy antiguo; su ingreso en la literatura científica data de 1935, en que fuera registrada por Francisco de Aparicio (1935, Láma. IV-IX). Los mo-

tivos del “estilo de paralelas” están totalmente ausentes en esta piedra (figuras 10–11); en cambio, son numerosos los tridígitos (pisadas del choique o avestruz), pequeñas huellas apareadas de ciervo o de guanaco, “pisadas de caballo” y signos en U, pisadas de puma o felino, e improntas de manos y pies. La piedra de Ñorquín tiene, además, notablemente representadas, una serie de excavaciones hemiferoides de tamaño pequeño y muy pequeño, que en la literatura arqueológica son relacionadas con las piedras de tacitas o morterillos frecuentes en la Argentina central y Chile, y acerca de las cuales haremos algunas consideraciones más adelante.

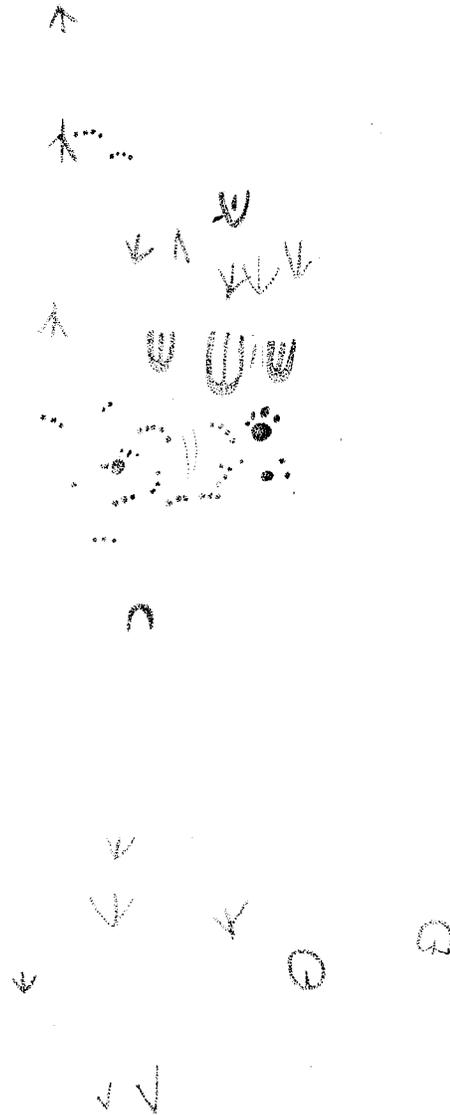


Figura 9: Llano Blanco. Sector derecho de la cueva.



Figura 10: La Piedra de los Rastros, en Ñorquin.  
Aspecto del sector con hoyuelos.

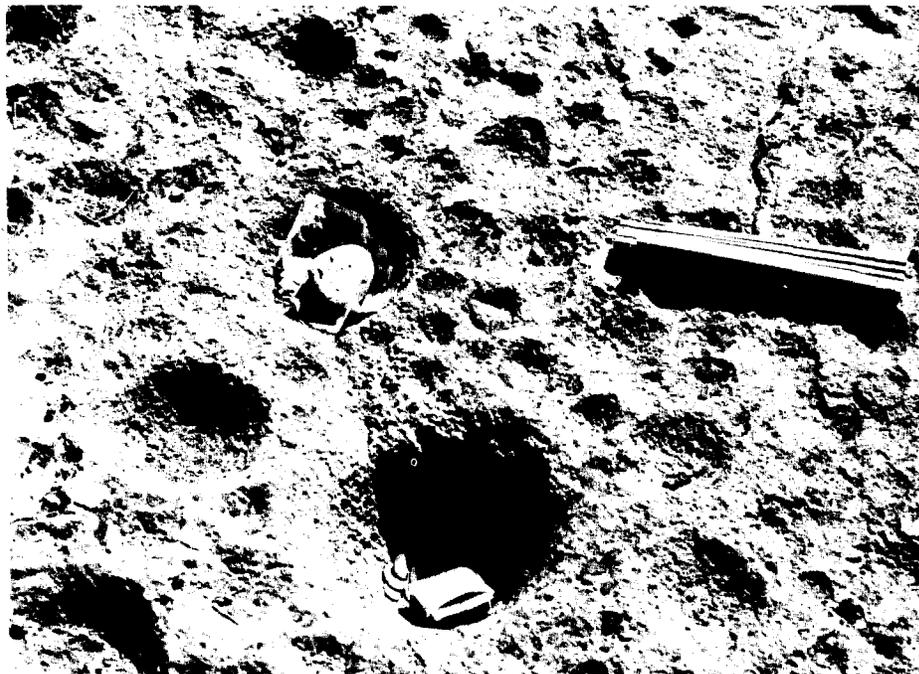


Figura 11: Detalle de la Piedra de los Rastros, de Ñorquin, en el que es posible apreciar las ofrendas dejadas por transeúntes.

(14) *Abrigo del cerro Nonial*: (Dto. de Ñorquín). Situado aproximadamente a 35 km en línea recta del anterior. Su latitud es de  $37^{\circ} 53'$ ; la longitud,  $70^{\circ} 30'$  oeste. La altura sobre el nivel del mar es de 1250 m. Como en el caso anterior el sitio se conoce desde la época de los trabajos de Aparicio en la región (1955). Los motivos más representativos son: los tridígitos, la culebra, mano humana, huellas pares de guanaco o ciervo (muy dudosas), cruz y pisadas de felino.

Cada uno de los sitios enumerados ostenta una posición cada vez más austral, estando los últimos muy próximos a la verdadera región patagónica de estepa. (Geográficamente, el límite norte de la Patagonia propiamente dicha es el río Limay.)

Siguiendo el emplazamiento de estos yacimientos de arte rupestre, hemos visto que hacia el sur desaparecen por completo los signos en alguna medida relacionables con el "estilo de paralelas", y hemos visto incrementarse a los del estilo de pisadas, al extremo de configurar claras manifestaciones de este último. Pero si todavía avanzamos más al sur por territorio neuquino, veremos que se presentan otros yacimientos como los de:

(16) *Arroyitos*, ubicado aproximadamente a  $39^{\circ}$  de latitud, y a 300 m sobre el mar en el Departamento Confluencia. Constituye una manifestación no muy vigorosa del estilo de pisadas, junto con elementos geométricos. Los motivos más difundidos son: rastros de puma, de guanaco y de avestruz (Schobinger, 1962-1963: 155). (Figuras 12 y 13).



Figuras 12 y 13: Grabados en los alrededores mayores de Arroyito (Puesto Bustingorria), en la costa del río Limay.

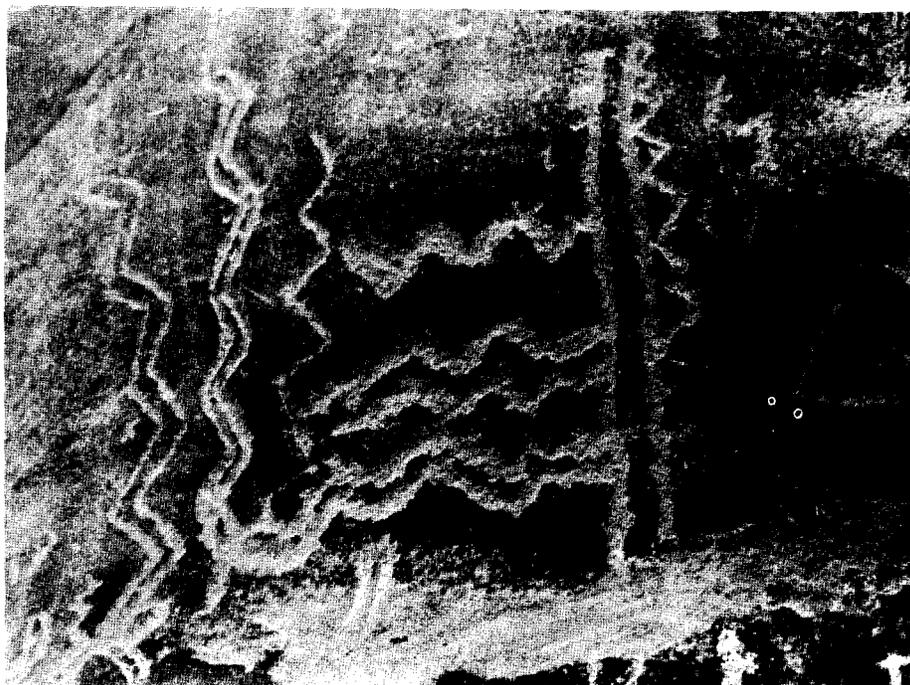


Fig. 13. Otro detalle del paredón grabado de Puesto Bustingorria.

17) *Chocón Chico* (Departamento Confluencia). Se halla igualmente a una latitud aproximada de 39° sur, y a 300 m sobre el mar. Los motivos representados son huellas de avestruz, manos, etc. (Schobinger, 1962–1963: 155). Muy significativa es la presencia de hoyuelos hemisferoides idénticos a los de la Piedra de los Rastros de Ñorquín, a la que ya nos hemos referido en el apartado número 13 de este trabajo.

18) *Agua del Carrizal*, en el Departamento Picun Leufú. A una altitud aproximada de 820 m sobre el mar. Latitud aproximada: 39° sur. Existe aquí una magnífica exposición del estilo de pisadas. Los motivos más representados son la planta del pie humano, de zorro, de puma, choique, guanaco, el símbolo en U, (Schobinger, 1962–1963: 160–161).

Vitualmente, nos encontramos ya en la Patagonia. Pero, si quisiéramos hallar aún más similitudes, si buscáramos una continuidad de este estilo hacia el sur, encontraríamos numerosos sitios en plena Patagonia y a latitudes muy altas, tales como:

19) *Piedra Clavada*, en la provincia de Santa Cruz, a una latitud de 46° sur. Los símbolos allí existentes son: el tridígito y la pisada del caballo.

20) *Estancia San Miguel* (de Aparicio, 1935, Lámin. XXX). Se halla casi sobre la altitud de 48° sur, Provincia de Santa Cruz. Existen numerosas representaciones de la pisada del caballo, del felino, del choique, manos hu-

manas, etc.

Estos ejemplos podrían ampliarse, pero es suficiente con lo expuesto para comprobar la continuidad del estilo de pisadas hacia el sur. Estas similitudes habían sido ya destacadas por Schobinger (1956:195), pero pensamos que es en la presente oportunidad en que ha sido posible la presentación de una cadena ininterrumpida de yacimientos emparentados en técnicas y estilos involucrados, a lo largo de más de diez grados de latitud, entre 37° y 48° de latitud sur, estableciendo un canal de comunicación muy amplio entre la Patagonia austral y sectores marginales del Neuquén de ecología similar a la patagónica. La identidad señalada, pensamos, podría ser proseguida aún más hacia el sur, hasta el lago Argentino, posiblemente, pero con lo reseñado parece ser ya suficiente.

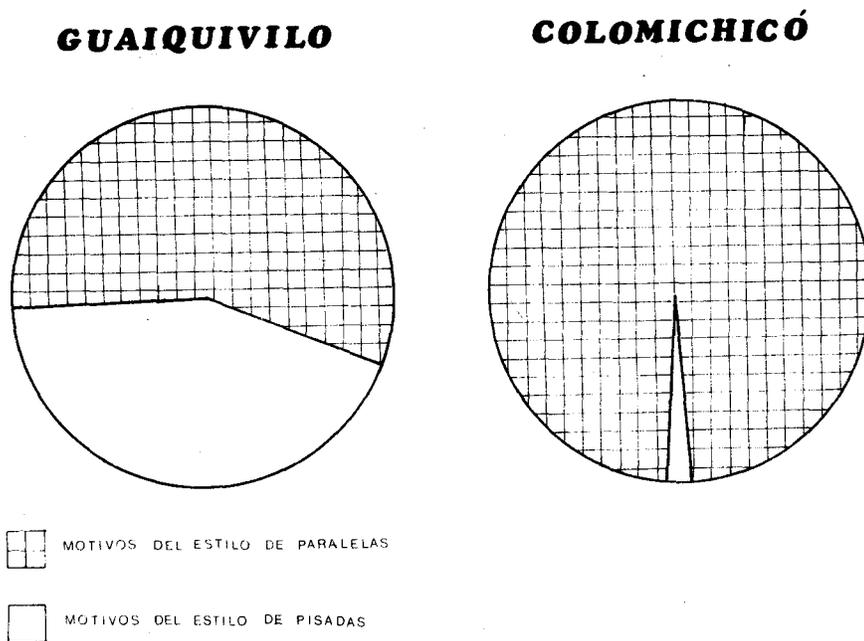


Figura 14: Confrontación de los estilos de Guaiquivilo y de Colomichicó.

### EL ARTE RUPESTRE Y LAS ETNIAS PORTADORAS

Sería interesante ver ahora si, con el desmembramiento que del arte rupestre norneuquino hemos efectuado, podríamos auxiliarnos en un intento de aclarar en algo el confuso panorama étnico del Neuquén, al que aludíamos al iniciar este trabajo.

El llamado estilo de pisadas constituye una modalidad de arte rupestre que hasta el presente la totalidad de los estudiosos ha considerado como típicamente patagónico. También el de paralelas lo ha sido, pero deberemos convencernos de que su acervo estilístico no entronca ni deriva de modalidad patagónica alguna. Su presunta afinidad con el estilo de grecas resulta hasta ahora indemostrable. La investigación conducente, si bien no puede comprobar su vinculación con lo andino en sentido lato, por lo menos demuestra su falta de nexo con lo patagónico.

El eclipsamiento virtualmente total que hacia el sur del surco transversal del Neuquén sufre el denominado "estilo de paralelas", representado por el tipo Colomichicó, y la consecuente incrementación de motivos y de asociaciones de motivos sin duda pertenecientes al estilo de pisadas, al extremo de configurar sitios con manifestaciones clásicas de ese estilo en el centro y centro norte de la Provincia del Neuquén, estaría hablando favorablemente de la existencia de un amplio frente de acceso para los motivos de origen patagónico y, concordantemente, para influencias culturales procedentes de la Patagonia, en caso de no querer admitir directamente la presencia física de las etnias mismas en la región.

Con lo expuesto, a nuestro criterio, cobraría vigor la tesis sustentada por algunos investigadores, referentes al predominio que en el área de nuestro interés inmediato habría tenido —por lo menos hasta el siglo XVI—, el grupo étnico pámpido, representado aquí por los tehuelche o guénena kéne, gennaken de autores anteriores. Que sepamos, ha sido Escalada (1953:2), el primero en intentar identificar a chiquillanes y pehuenches, primitivos con los guénena kéna; pero, la proposición de ese sabio trabajador es inconsistente tal como él la ha planteado, de modo que nuestras inquisiciones referentes a la difusión de los estilos rupestres no pueden conferirle soporte alguno.

Corresponde a Casamiquela (1965, 1969, 1972—1973), el haber fundamentado con una serie de argumentaciones valederas y conducentes la verificación de un proceso de "tehuelchización" en el occidente neuquino, especialmente en su parte central. El autor que comentamos ha ido modificando sustancialmente el panorama inicialmente reconstruido, en contribuciones posteriores; de manera que no podrá seguir los alcances de su pensamiento quien no haya estudiado a fondo sus trabajos anteriores. Se trata de un conjunto de premisas que asombran por su sencillez y rigurosidad; de su exactitud, lamentablemente, sólo el tiempo podrá dar testimonio definitivo.

En su última contribución llega a identificar a los *pehuenche* que en el siglo XVI poblaban las dos vertientes de la cordillera andina entre 38° 30' y 41° de latitud, como a una rama del vigoroso tronco tehuelche septentrional; racialmente, patagónidos (pámpidos), y culturalmente, cazadores.

Desafortunadamente, no nos dice con qué pueblo aborígen limitaban por el norte estos "pehuenches australes" (pehuenches en sentido restringido del autor que comentamos), pero entendemos que no puede ser otro que los pehuenches norteños en el sentido de Canals Frau; es decir, un núcleo de población autóctono, no pámpido, carente de influencias patagónicas (en su origen, por lo menos), de economía fundamentada en la recolección, racialmente huárpido, e igualmente poblador de ambas vertientes de la cordillera durante el verano, y de zonas marginales a ella durante el invierno; eran, pues, verdaderos montañeses. Durante los siglos XV, XVI y XVII, habrían sido constantemente influenciados y finalmente absorbidos, en parte por las ramas norte y sur de los tehuelches boreales, en parte por los *mapuche*.

El esquema etnohistórico que debemos a Casamiquela tiene marcados puntos de contacto con el que puede ser reconstruido mediante los estudios sobre el arte rupestre. Pero también es preciso reconocer que éstos últimos confieren buena parte de la razón a Canals Frau (1953), en cuanto a la existencia de un grupo étnico habitante del norte neuquino y sur mendocino, con amplia difusión en territorio de Chile, y durante mucho tiempo independizado de toda influencia cultural o de toda extracción racial procedente de la Pampa o de la Patagonia.

Los estudios sobre arte rupestre comprueban que a partir de los comienzos del segundo milenio después de Cristo, el norte de Neuquén, el sur de Mendoza y el oriente de las provincias chilenas de Linares y Ñuble, se encontraban habitadas por un grupo étnico homogéneo, sin vinculaciones con el grupo pámpido; dicho con precisión, no era un grupo tehuelche. Si quisiéramos asignar una nominación a ese grupo basándonos en rótulos que más tarde (siglos XVI, XVII) gozaron de alguna popularidad en las crónicas, el que mayores probabilidades tendría sería el grupo *chiquillane*, al que Canals Frau, al parecer, incluye en el tipo racio-cultural huárpido. Este grupo étnico habría sido el portador y el encargado de la difusión del llamado "estilo de paralelas" entre los siglos XII y XVI.

Por falta de hallazgos y de investigaciones, por el momento es imposible identificar también a los chiquillane con los pehuenche primitivos del sector austral de Casamiquela. Pero, si de investigaciones futuras se desprendiera la evidencia de que también en la zona de crecimiento de la *Araucaria imbricata* ha existido en algún momento difusión del "estilo de paralelas", no habría que vacilar en extender hasta allí el dominio en algún momento alcanzado por los chiquillane, ni tampoco en vincularlos a los pehuenches originarios o primitivos. Por el momento podemos decir que desconocemos si el estilo de "paralelas" tiene alguna representación en el habitat de los pehuenches en sentido estricto, es decir, en el país de las araucarias; en cambio, podemos afirmar que el estilo de pisadas está en él muy bien representado, así como en la zona de bosques de manzanos

silvestres. Y aún más al este, en ámbito subdesértico o seudopatagónico, como en la Pampa del Salado (Neuquén), con sus rocas grabadas con los motivos de la pisada del "caballo" y de la "mula".

Ese núcleo de población no tehuelche, posiblemente huárpido, culturalmente recolector, en cierto momento fué sobrepuesto por una pujante capa de población portadora de cultura "patagónica"; no decimos que haya procedido directamente de la Patagonia, momentáneamente sólo podemos expresar que es afín a la que floreció en ella, ya que ignoramos en qué sentido se verificó este proceso.

Este frente de cultura patagónica penetró tan profunda como profusamente en Chile, sobre todo en Ñuble y Linares, llegando por el norte con seguridad hasta el cajón de los Cipreses (34° 30'), aunque con manifestaciones debilitadas. En cambio no pudo penetrar a la hoya del alto Neuquén (Departamento Minas), por lo que pensamos que el metamorfismo en Chile se produjo entre los siglos XIII y XV, es decir, con anterioridad a la aparición del caballo en la región, el que hubiera posibilitado el cruce de los ríos.

Hoy el arte rupestre del tipo Guaiquivilo se nos presenta como una entidad constituída por motivos de "paralelas" asociados al estilo de pisadas. Pero debe tenerse en cuenta que esa entidad no constituye una identidad absoluta; o sea, que los motivos que hoy encontramos asociados en el arte rupestre de esa zona, no lo estuvieron siempre, la asociación sólo pudo haberla producido el fluír del tiempo. Concretamente, queremos expresar que inicialmente se desarrolló allí un "estilo de paralelas" básico, similar al de Colomichicó o idéntico a éste, que en un determinado momento de su evolución se enriquece con influencias (motivos) procedentes del ámbito patagónico, o relacionado de alguna forma con él.

El panorama que hemos esbozado discrepa fundamentalmente con las conclusiones que hemos podido extraer del estudio de las puntas de proyectil; pues, tanto en el área en algún momento poblada por los pehuenches australes (en el sentido de Casaniquela, o sea los del país de las araucarias), como en la de los boreales (los del norte del Neuquén, sur de Mendoza, supuestos portadores del "estilo de paralelas"), la tipología lítica revela mayor afinidad con el canon andino (puntas triangulares de diverso tamaño y base cóncava), que con el patagónico (puntas por lo general pedunculadas).

#### **LA DISPERSION BOREAL DE ALGUNOS MOTIVOS DEL ESTILO DE PISADAS**

Hemos visto ya de qué manera algunos de los motivos del denominado estilo de pisadas alcanzan el norte del Neuquén y pasan a territorio chile-

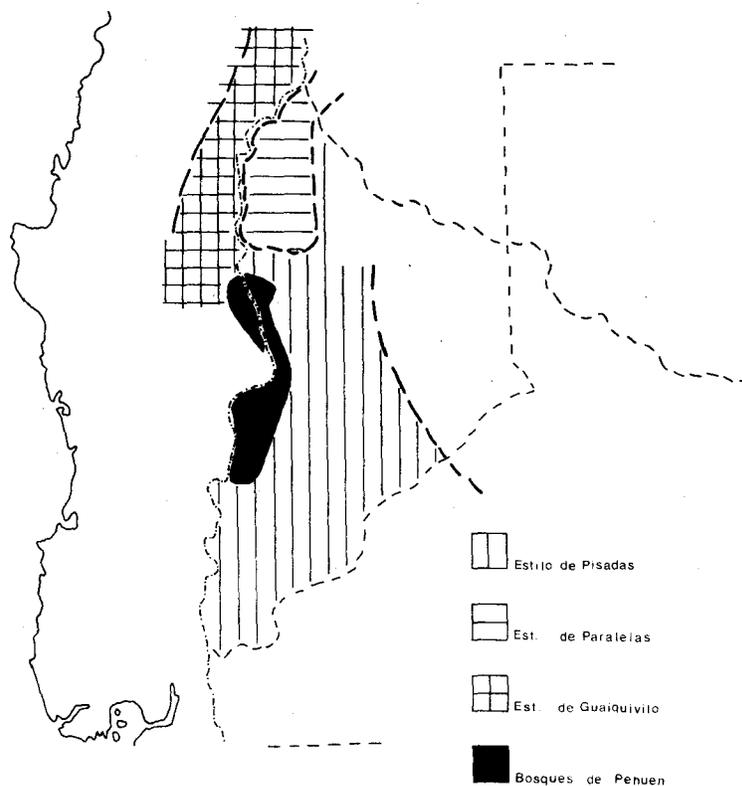


Figura 15: Mapa que muestra la dispersión de los estilos de pisadas, de paralelas y su probable producto de metamorfismo, el de Guaiquivilo en Chile. Falta señalar el área cubierta por el estilo de grecas, igualmente muy difundido en Neuquén, pero que es objeto de tratamiento particular en otro trabajo del autor. También se ha señalado el área cubierta por la Araucaria (pehuén), ya que es posible suponer que ha desempeñado un importante rol geocultural en la movilización de las etnias, proceso éste que nos ha sido posible vislumbrar a través del análisis del arte rupestre.

no para combinarse con los motivos del estilo de "paralelas". Ahora procuraremos seguir su comportamiento hacia el norte, en áreas muy alejadas y diferentes a la nuestra. En esta oportunidad, tomaremos en consideración los siguientes signos: el tripartito, tridígito o pisada de ñandú, choique o avestruz, el signo en forma de letra U o de herradura, y las huellas de felino y las concavidades hemisferoides que se le asocian.

Comencemos con los signos en forma de U, inicialmente considerados por Bruch (1902, 1904) y por Aparicio (1935), como pisadas de caballo. Ha sido Bórmida (1952: 26-27), el primero en llamar la atención sobre la extraordinaria similitud existente entre este signo que aparece pintado en cuevas de la Patagonia austral (lago Argentino), y pinturas rupestres y ornamentaciones rituales de otro tipo registradas en Australia. Menghin (1957:68), los ha considerado más tarde formas esquematizadas de laberintos, a lo que Schobinger (1956:198) no ha opuesto reparos siempre que

se pueda seguir contando con un símbolo en forma de herradura independiente del primero o de sus derivados. Con posterioridad al trabajo de Menghin de 1969, los investigadores en general se han inclinado a considerarlos como representaciones vulvares. Últimamente Aschero (1973), ha estudiado la difusión de estos signos en América, sin insistir específicamente en su significación vulvar; lleva su dispersión hasta el Noroeste argentino (Provincia de Jujuy), pero aquélla, como veremos, es aún mucho mayor.

Desde el Neuquén, pasa a la región de Guaiquivilo y Calabozos en Chile, donde está muy difundida. Lo notable es que vuelva a presentarse en la región del Planalto del Brasil, en la región del río Caí (Confr. Mentz Ribeiro, 1969–1970), aquí como pisada de extremos cerrados. Max Schmidt (1940: Lám. XXXI), los ha registrado ya en 1928 en Morro do Triumpho, Matto Grosso, Brasil, asociados a círculos concéntricos, hoyuelos hemisféricos y líneas onduladas (culebras); en yacimientos próximos, registró improntas de pie humano.

Pasemos ahora a hacer algunas referencias relativas a otro signo o motivo característico del estilo de pisadas. Se trata de las concavidades hemisféricas que, a nuestro modo de ver, hasta el presente han sido confundidas con las tacitas, cazoletas o morterillos, las que alcanzan difusión mundial con multiplicidad de formas (Menghin, 1957 a). Estos hoyuelos se presentan ya con toda claridad en la localidad clásica de Estancia San Miguel (Santa Cruz), donde en parte se enmascaran con pisadas de felino. A veces se asocian en hileras paralelas, otras se disponen en arco rodeando una depresión mayor, de ahí que hayan sido identificadas como pisadas de jaguar o puma. Pero muchas veces, el número de excavaciones pequeñas aumenta a seis, o siete, de modo que la depresión mayor queda rodeada por un anillo de concavidades menores, que ya no es posible confundir —o al menos interpretar— como pisada de felino. En este caso, pierden la capacidad representativa o figurativa de “pisada” con que las hemos cargado. La piedra de Los Rastros, en Ñorquín (figuras 10 y 11), se halla en el extremo opuesto, ya que ha pasado a ser considerada como el más austral exponente de las piedras con tacitas; en realidad, lo que allí hay son hoyuelos asociados en la forma que dejamos descripta. Existen varias de estas piedras con hoyuelos, que no son piedras con tacitas, en la región de los pinares de Chile y Argentina. Una de ellas se encuentra al norte del lago Caviahue, en la sierra Trolon, no habiendonos sido posible llegar a ella. Otra existe en Picunleo (Chile), a poco de ser atravesado el paso de Pichachén (Pichi—atren). Otras se encuentran más al norte, donde han sido comunicadas por Sanguinetti (1970), en Linares, y por Montané (1966), en Villicura, Bio Bio. La de Retricura, en cambio, aparenta ser una verdadera piedra de tacitas o morteros. En su mayoría son consideradas piedras santas por la población indígena, quien las supone poseedoras de un *calcu*, es decir, de un espíritu o poder capaz de hacer el bien o el mal, por ello es que se paga a estas piedras para poder cruzar sin riesgos; nuestra figura

II registra algunas de estas ofrendas, consistentes en dinero, hilos, palillos, etc. Uno de los pasos cordilleranos próximos se denomina Ata Kalku, no habiéndome sido posible hasta ahora desentrañar qué relación puede guardar con las piedras rituales.

Piedras con horadaciones similares, volvemos a encontrarlas en el río Yuspe, cerca de los petroglifos de San Buena Ventura, Córdoba (Aparicio, 1935 c); en Quilmes, Provincia de Tucumán (Bruch, 1911: 27, fig. 21). Asociadas en la forma similar a la de una pisada de felino, se la encuentra en la sierra de Amambay, próxima al estado brasileño del Matto Grosso. Las similitudes son igualmente notables en Pedra Grande, Rio Grande do Sul, Brasil (Brochado y Schmitz, 1972-1973: Figuras 5-9). En los últimos casos citados, los hoyuelos se encuentran en paredones verticales de cavernas, de manera que debe ser dejada de lado la idea de que pudieron haber servido para moler o colocar en ellas algún líquido, según se supone en las verdaderas piedras de tacitas.

El tercer signo a considerar es el tridígito. Especificar los lugares en que se presenta, desde la Patagonia austral hasta el Planalto brasileño y sierras que de él se desprenden (de los Parecís en Matto Grosso y Amambay en el Paraguay), sería volver a repetir fatigosamente lo dicho. Pero sería sumamente interesante seguir paso a paso las transformaciones que en este signo se producen (en V, Y, K, A y otras muchas), que son las que dan origen a los alfabetos fenicios, rúnicos, etc. con cuyo descubrimiento nos sacude frecuentemente el periodismo sensacionalista o la crónica seudocientífica, y con los que se pretende demostrar las exploraciones de los vikingos y de otros pueblos del Viejo Mundo en Sudamérica.

Para disminuir la significación e importancia que fuera de toda duda tiene la dispersión de estos motivos en área tan amplia, no vale la argumentación de que constituyen signos muy difundidos, prácticamente ubicuos dentro del arte rupestre sudamericano. Esta afirmación no puede ser cierta ni valedera. Podría serlo en el caso de que consideráramos signos aislados, pero no las formas de asociación que ellos mantienen casi ininterrumpidamente. De manera que vuelve a surgir aquí con evidencia lo ya anticipado en 1952 por Bórmida, en el sentido de la existencia de influencias o de comunidad de ciertos rasgos culturales procedentes de la región centro-oriental de Sudamérica —y no del sudeste del Brasil, exclusivamente—, uniformemente extendidas hasta la Patagonia austral.

Ya con anterioridad han sido formuladas comparaciones muy generalizadas entre el arte rupestre sudbrasileño y el patagónico, en primer lugar por Laming y Emperaire (1956), aunque de la lectura de sus conclusiones no se desprenden elementos de juicio realmente convincentes, ya que los motivos rupestres objetos de comparación no han sido los adecuados. En una comunicación posterior (1968), la segunda Autora no insiste sobre tal aspecto en particular.

Mentz Ribeiro (1972 a: 8), ha establecido que *“pelo tipo de petroglifos ja estudados na Argentina os nossos pertencem a um grupo de caçadores que teriam migrado daquele pais, mais precisamente da Patagonia”*. Concluye que las razones de tal migración podrían deberse a la presión incaica sobre los grupos araucanos, quienes, a su vez, habrían desplazado al grupo cazador hacia el nordeste. De esta manera podría explicarse la presencia de la cerámica de la fase Ibirapuita, que es extraña a las tradiciones cerámicas riograndenses y tiene ciertas similitudes con la “tehuélchense”. La verdad es que cuesta admitir semejante fidelidad en un grupo realmente cazador, el que en medio de un proceso de arrinconamiento tan vasto y encarnizado, lleva con apego su cerámica a través de medio continente sin dejar rastros de ella por ninguna parte, para difundirla final y exclusivamente en un remoto rincón del Brasil. Y, en tal caso, si nos atenemos a las características del contacto étnico explicado por Mentz Ribeiro, lo lógico es que esa cerámica fuera del tipo araucano, o aún de influencia incaica, y no “tehuélchense”.

Expresamos, pues, que las vinculaciones están fuera de duda; lo difícil será en adelante establecer en qué dirección se ha movilizadado este proceso cultural. De todos modos, pensamos que ha quedado sometida a una dura prueba la concepción de un estilo de pisadas como conjunto estilístico que se genera e irradia desde la Patagonia a las áreas vecinas, influyendo sobre modalidades de arte rupestre que alcanzan a ponerse en contacto con él.

Tampoco será necesario colocarse en el extremo opuesto, y afirmar que el estilo de pisadas se originan en el Planalto y transmigra a través del Continente hasta alcanzar la Patagonia. Ninguna de esas premisas es totalmente cierta, ni hay necesidad de construir puentes tan apresurada como artificiosamente.

Ambas regiones —Planalto y Patagonia— son nichos de refugio extremos, dos polos que han podido conservar y resguardar casi sin variaciones un viejo patrimonio originariamente común a una gran masa de territorio y de población; pero ambos nichos están, necesariamente, fuera del cuerpo principal de la corriente cultural de la que hoy son relictos, testigos puede decirse únicos.

Lamentablemente, se ha insistido tanto en que esta corriente cultural perteneciera a cazadores, que el molde de las investigaciones se ha petrificado sobre ese modelo en cierta medida arbitrario. Las influencias que en alguna forma y en alguna medida pudieron haberse originado específicamente en el Planalto, no parecen haber correspondido a cazadores, ya que esa zona de Sudamérica ha sido y es el cuartel general de los pueblos recolectores, fuéguidos y fundamentalmente láguidos.

La pretendida necesidad ritual de los cazadores de “fijar” los animales que constituyen casi su exclusivo sustento, mediante la representación

simbólica de sus pisadas, ha sido el argumento más convincente hasta hoy esgrimido para sostener esa afirmación. La misma promiscuidad tipológica de las pisadas representadas —culebras, aves, pies y manos humanos, etc—, habla muy poco en favor de la estructuración cultural cazadora de la etnia —o etnias— portadora y difusora de ese estilo. ¿Qué significación puede tener en ella, entonces, la presencia de un motivo como la “pisada del caballo” que —ahora lo sabemos—, no representa la pisada de un animal sino algo de significado tan complejo como pueden serlo las revoluciones intestinales o cerebrales, utilizadas por los oráculos en sus predicciones? Quizá esta tendencia a identificar a los signos con pisadas —que sólo puede ser personal y actual, en el mejor de los casos—, haya sido la causante de que a estos símbolos, originariamente abstractos, los háyamos sobrecargado de una representatividad de la que en realidad carecieron. Ya ha ocurrido que el signo en forma de U, inicialmente considerado como pisada de caballo, se convirtiera en la forma esquematizada de un laberinto. Otro tanto puede ocurrir con la pisada del felino, y posiblemente, con la del ñandú.

#### AGRADECIMIENTOS

El Autor desea agradecer especialmente a los organismos y personas que en uno u otro aspecto han posibilitado estos estudios. En primer lugar, al Interventor de Area de Frontera en Chos Malal, D. Roberto Carlos Bosch; al Rotary Club de Chos Malal; a los Señores D. Elías Sapag, Fránklin Méndez, Luis López Trigo, Bertoldo Weinmann, Luis Jadul, Luis Ruiz, Stanley Izaguirre, León Galabanesky, José Yamil Temi, José L. Roteta, Arq. Francisco Pirker y Comandante Aristides Lubrina, a todos los cuales le resulta grato manifestar aquí su más vivo reconocimiento.

## BIBLIOGRAFIA

- Aparicio, Francisco de (1935): Viaje preliminar de exploración en el territorio de Neuquén.  
Publicaciones Mus. Antropol. y Etnograf., Serie A, III: 35-57. Buenos Aires.
- Aparicio, Francisco de (1935 a): Grabados rupestres en el territorio del Neuquén.  
Public. Mus. Antropol. y Etnog., serie A, III: 99-107. Buenos Aires
- Aparicio, Francisco de (1935 b): Viaje preliminar de exploración en el territorio de de Santa Cruz.  
Public. Mus. Antropol. y Etnograf., serie A, III: 71-92, 48 lám. mapas. Buenos Aires
- Aschero, Carlos A. (1973): Los motivos laberínticos en América.  
Relaciones Soc. Arg. Antropología, VII: 259-275. Buenos Aires.
- Bormida, Marcelo (1952): Pámpidos y australoides. Coherencias ergológicas y míticas.  
Archivos Ethnos, B (6): 51-82 Buenos Aires.
- Brochado, José P.; Schmitz, Pedro I. (1972-1973): Aleros y cuevas con petroglifos e industria lítica de la escarpa del planalto meridional, en rio Grande do Sul, Brasil.  
Anales Arqueol. y Etnol., XXVII-XXVIII: 39-66. Mendoza.
- Bruch, Carlos (1902): La piedra pintada del arroyo de Vaca Mala y la cueva de Junín de los Andes.  
Rev. Museo de La Plata, X: 173-176
- Bruch, Carlos (1904): La piedra pintada de El Manzanito (Territorio del Rio Negro).  
Rev. Museo La Plata, XI: 71-72
- Bruch, Carlos (1911): Excavaciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca.  
Biblioteca Centenaria del Museo de La Plata, V: 1-199. Buenos Aires.
- Canals Frau, Salvador (1953): Los Primitivos Montañeses. En: Las poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen. Su pasado. Su presente, pág. 357-371  
Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Casamiquela, Rodolfo M. (1965): Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológica de la Patagonia y área setentrional adyacente. Cuadernos del Sur, 3-146.  
Bahía Blanca.

- Casamiquela, Rodolfo M. (1969): Un nuevo panorama etnológico del área pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los querandíes. 171 pág., mapas Ed. Museo Nac. de Hist. Natural. Santiago de Chile.
- Casamiquela, Rodolfo M. (1972–1973): Notas sobre sitios y piedras rituales del ámbito pehuenche austral. Bol. Prehist., Actas VI Congreso de Arqueol. Chilena, pág. 487–500, Santiago.
- Escalada, Federico (1953): Algunos problemas relativos al límite norte del complejo tehuelche. Inst. Sup. de Est. Patagónicos, serie 1 (1): 1–13 Comodoro Rivadavia.
- Fernández, Jorge (1976): Los petroglifos del Departamento Minas, Neuquén. MS, en curso de publicación. Barcelona.
- Fontecilla R., Arturo (1936): Contribución al estudio de los petroglifos cordilleranos. Rev. Chil. de Hist. Nat., XL: 69–72, 1 lám. Santiago.
- Gajardo Tobar, R. (1958–1959): Investigaciones acerca de las “piedras con tacitas” en la zona central de Chile. Anales de Arqueol. y Etnol., XIV–XV: 163–204. Mendoza.
- Iguait, Fernando (1964): Investigaciones de petroglifos en Chincolco. En Arqueología de Chile Central y Areas vecinas. Tercer Congr. Internac. de Arqueol. Chilena. Santiago.
- Iribarren Ch., Jorge (1958): Hallazgo arqueológico en la cordillera de Linares Sep. Diario El Dia, 26/4/58. La Serena.
- Jaffuel, R. P. (1936): Las piedras pintadas de los Cipreses (Hoya del Cachapoal). Rev. Chilena Hist. Nat, XXXIV: 235–248. Santiago.
- Grabert, Helmut; Schobinger, Juan (1969–1970): Petroglifos a orillas del rio Madeira (NO de Brasil) Anales Arqueol. y Etnol. XXIV–XXV: 93–111. Mendoza.
- Laming, A., Emepaire, J. (1956): Découvertes de peintures rupestres sur les hauts plateaux du Paraná. Journ. Soc. Des Americanistes, XLV: 165–178. Paris.
- Lehmann Nitsche, Robert (1904): Los morteros de Capilla del Monte, Córdoba. Rev. Museo La Plata, XI: 215–221.

- Latcham, Ricardo (1929): Las piedras de tacitas de Chile y la Argentina. Rev. Univ. Católica, XVI, Santiago
- Menghin, Osvaldo (1957): Los estilos de arte rupestre de la Patagonia. Acta Praehist. I: 57-87. Buenos Aires.
- Menghin, Osvaldo, (1957 a): Las piedras de tacitas como fenómeno mundial. Public. Museo y Soc. Arqueol. La Serena, Bol. 9: 3-12 La Serena.
- Menghin, Osvaldo (1969): Labyrinthe, Vulvenbilder und Figurenrapporten in der Alten und Neuen Welt. W de Gruyter. Berlin.
- Mentz Ribeiro, Pedro A. (1969-1970): Inscrições rupestres no vale do rio Caí, RGS An. Arqueol. y Etnol., XXIV-XXV: 113-129. Mendoza.
- Mentz Ribeiro, Pedro A. (1972): Petroglifos do sitio RS-T 14, Morro do Sobrado, Montenegro, RS, Brasil. Iheringia, Antropol., 2: 3-10. Porto Alegre.
- Mentz Ribeiro, Pedro A. (1972): Sitio RS-C 14, Bom Jardim Velho, Abrigo sobrocha, Nota Previa. Iheringia, Antropol., 2: 15-58. Porto Alegre.
- Montané, Julio (1966): Pictografías y petroglifos de Villicura (Pcia Bio Bio, Chile). Rev. Universitaria, L-LI (2) / Santiago.
- Mueller, George (1958): Los petroglifos del valle de Calabozos, Provincia de Linares, Chile. Bol. Soc. Biología de Concepción, XXXIII: 155-160. Concepción.
- Niemeyer F., Hans (1964): Petroglifos en el curso superior del rio Aconcagua. Tercer Congr. Internac. Arqueol. Chilena, pág 133-150. Viña del Mar.
- Niemeyer, H.; Montané, J. (1966): El arte rupestre indígena de la zona centro y sur de Chile. Actas XXXVII Congreso Internac. Americ., II: 419-452. Buenos Aires.
- Niemeyer F., H; Weisner, L. (1972-1973): Los petroglifos de la cordillera andina de Linares (Prov. de Talca y Linares, Chile). Actas VI Congr. Arqueol. Chilena, 405-470. Santiago.
- Oyarzún Aureliano (1910): Los petroglifos del Llaima. Bol. Mus. Nac. Chile, II: 38-48. Santiago.
- Sanguinetti, Norma (1970): Petroglifos del cerro Quiñe, Pcia. Linares. Museo de Linares.

- Schmidt, Max (1940): Nuevos hallazgos de grabados rupestres en Matto Grosso. Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, V (1): 63-71. Asunción.
- Schobinger, Juan (1956): El arte rupestre del territorio del Neuquén. Anales Arqueol. y Etnol., XII: 115-227. Mendoza.
- Schobinger, Juan (1962-1963): Nuevos petroglifos de la provincia del Neuquén. Anales Arqueol. y Etnol., XVII-XVIII: 151-171.
- Vergara D., Ciro (1972-1973): Petroglifos de las piedras de las Marcas. Actas VI Congreso Arqueol. de Chile. 471-485. Santiago.